

Una lección incómoda

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA
CENTRO PARA LA MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO
RAFAEL LEONISIO
EUSKOBARÓMETRO (UPV/EHU)

El olvido es un escarnio a las víctimas y una oportunidad para la propaganda ultranacionalista que pretende legitimar los crímenes de ETA

Por encargo del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, el Euskobarómetro ha elaborado un informe acerca de la actitud de la sociedad vasca ante las víctimas de ETA. Una de las preguntas que se hace a los 1.200 encuestados es cómo abordar nuestro pasado reciente. Un 43% se decanta por cultivar la memoria de las víctimas del terrorismo. Sin embargo, un 44% quiere pasar página. Hacerlo supondría seguir mirando hacia otro lado, actuar como si aquí nunca hubiera ocurrido nada, como si la violencia de ETA no hubiese existido.

El olvido es un escarnio a las víctimas y una oportunidad para la propaganda ultranacionalista que pretende legitimar los crímenes de la banda. Cicerón dejó escrito que la historia es magistra vitae, maestra de la vida. Ignorarla significa negarse a aprender una lección incómoda pero esencial, sobre nuestro pasado y sobre nosotros mismos. En

palabras de Primo Levi, «lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también». Si no sabemos lo que ocurrió, corremos el riesgo de repetirlo.

Pasando página, la historia es sustituida por un recuerdo consolador y edulcorado, pero poco fiable. El trabajo del Euskobarómetro lo refleja con claridad. Cuando se pide a la ciudadanía que indique qué actores han contribuido al fin del terrorismo, estos resaltan el protagonismo de la movilización de la sociedad civil en general. Es el agente que más destacan (6,5 en una escala de 1 a 10 donde 10 es la máxima contribución), por delante de la evolución interna de la izquierda abertzale (6,1), los movimientos cívicos de resistencia (5,6) y muy por encima de, entre otros, la actuación de la Ertzaintza (4,9) o las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado (4,7).

Ahora bien, siguiendo el propio informe, únicamente el 37% de los encuestados participaron alguna vez (30%) o en bastantes ocasiones (7%) en iniciativas contra la violencia de ETA. El 59% confiesa que no lo hizo nunca. Podría achacarse este último dato al hecho de que en la actualidad hay muchos jóvenes que no han vivido la etapa en la que los atentados terroristas eran cotidianos. No obstante, si eliminamos de la muestra a los menores de 35 años, los números son prácticamente los mismos: 9% de movilizados habituales, 33% de ocasionales y un 58% que dice que nunca se movilizó.

¿Esa minoría activa es una fiel representación del conjunto de la sociedad vasca? La respuesta es negativa: tiene unas características específicas en cuanto a ideas políticas e identidad. Así, si bien un 51% de la población se declara no nacionalista, ese

porcentaje sube a un 64% en el caso de quienes participaron en iniciativas pacifistas. Correlativamente, un 41% de ellos se sienten tan vascos como españoles (frente a un 30% de toda la sociedad), un 13% solo españoles o más españoles que vascos (4 puntos más que el resto) y un 38% se consideran más vascos o solo vascos (cuando en el total esas dos opciones suman el 56%). En otras palabras, los ciudadanos movilizados, aquellos a los que se atribuye el final de ETA, tienen un perfil diferente al del conjunto de la población vasca. Poco mainstream, podríamos decir, ya que la ideología dominante, el nacionalismo, tiene una presencia minoritaria. Es algo que también se ve cruzando esta pregunta con el recuerdo de voto. Siendo la movilización minoritaria en todos los electorados, solo el 3% de quienes apoyaron a EH Bildu en las autonómicas de 2016 se movilizaron habitualmente contra ETA, porcentaje que sube en el electorado

del PNV (8%) y Podemos (13%), pero, sobre todo, entre el del PP (17%) y el PSE-EE (18%).

Los datos cuestionan la complaciente imagen de una banda terrorista derrotada por el rechazo activo de la gran mayoría social. Es cierto que casi toda la población vasca estaba contra ETA, pero solo una minoría se atrevió a demostrarlo en la calle, movilizándose con cierta frecuencia. Fue el caso de quienes se pusieron el lazo azul en la solapa o acudieron a los actos organizados por las instituciones democráticas y los grupos pacifistas: Gesto por la Paz, Denon Artean, la

Asociación Pro Derechos Humanos, Bakea Orain, etc. En Euskadi hubo miles de ciudadanos que tuvieron el valor de ejercer como tales frente al terror, pero fueron muchos más, una mayoría abrumadora, los que prefirieron quedarse en casa. Lo hicieron por diversas razones, la más poderosa de las cuales fue el miedo a ETA y sus cómplices: los radicales que señalaban, presionaban y atacaban a quienes se sumaban a iniciativas pacifistas.

Guste o no, esa es la cruda realidad acerca de nuestro pasado. ¿Y el futuro? Al respecto el informe arroja resultados esperanzadores. Por un lado, la absoluta mayoría de los encuestados se declaran en contra de los homenajes a presos de ETA excarcelados (74%) y de las pintadas que los enaltecen a ellos y a la banda (79%). Por otro, el 83% de nuestros conciudadanos creen que las víctimas del terrorismo merecen reconocimiento público y memoria. ¿Cómo materializarlos? Mediante programas educativos (62%), documentales y películas (57%), así como trabajos académicos (51%). Ya los está impulsando el Centro Memorial, que es considerado necesario por el 53% de la sociedad vasca.

Leamos la página. Aprendamos la lección.



JOSE IBARROLA